

vez de secundar la acción de la gracia contra la tentación, ayuda la tentación contra la gracia, destruyendo así su efecto.

Inútil es, pues, que Dios le conceda un auxilio que el pecador desvirtúa con su conducta, á menos que no pretenda la conciliación imposible de la gracia y la concupiscencia, ó el prodigio inaudito de una gracia de tal género que sin sujetar la carne haga triunfar el espíritu. Pero la gracia del Espíritu Santo, dice el gran Padre San Cipriano, no se nos dispensa á nuestro albedrío, ni mucho menos según el capricho de nuestras inclinaciones viciosas, sino conforme al orden establecido por Dios, según el cual debemos cooperar con ella, porque fuera de ese orden queda inutilizada y sin efecto. La gracia que Dios . . . liberalmente nos da para vencer las tentaciones, es una gracia de combate contra nosotros mismos. Si, pues, esquivamos combatir; si, lejos de trabar batalla, entramos en pactos vergonzosos con nuestro mayor enemigo, la carne, ¿no es una locura pretender la victoria? La gracia es la única que puede obtenerla, verdad es; pero también es cierto que no la obtendrá jamás si no nos empeñamos en domar nuestra carne, origen y fuente, según hemos visto, de todas nuestras tentaciones.

12. Concluyamos, pues, hermanos míos, proclamando desde lo alto de esta cátedra,alzada para combatir las humanas pasiones, no para adularlas, la gran ley de la mortificación promulgada por el oráculo del Apóstol, en los siguientes términos: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitis et concupiscentiis*¹: Los que de veras pertenecen á Cristo y le guardan fidelidad invio-

¹ Gal. 5, 24.

lable, crucificaron su carne hasta morir á sus pasiones y desarreglados deseos. Piense de la austeridad lo que quiera el mundo ciego, horrorícese el expirante siglo de sólo oír el nombre de penitencia y mortificación, destiérrela de la vida ordinaria, como práctica bárbara ajena de la cultura de nuestra época, el oráculo divino no dejará nunca de subsistir. El precepto es terminante, y una de dos: ó renunciar á la doctrina explícita del Salvador y condenarla como falsa, apostatando de su escuela y de la comunión cristiana, ó aceptar la ley del evangelio y tratar de reducirla á la práctica. Ciertos podemos estar de que sin mortificación de los sentidos no hay represión de las pasiones, y sin ésta no hay virtud verdadera; la tentación nos hallará desarmados, el vicio nos esclavizará con sus pesados y ominosos grillos, la salvación será imposible. . . El mismo Jesucristo hubo de conquistar la gloria que le pertenecía, á fuerza de cruelísimos padecimientos; no hay, pues, otra vía fuera de aquélla, para llegar á la eterna bienaventuranza que á todos os deseo en el nombre del Padre etc.

SECUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

Transfiguración del hombre por la santidad cristiana.

Et transfiguratus est ante eos.

Se transfiguró en su presencia.

Matth. 17, 2.

1. Nunca se ha puesto la incredulidad más en ridículo, ni ha exhibido la vana ciencia mayor imbecilidad, que cuando, para desvirtuar la sobrenatural grandeza de la transfiguración de nuestro Señor Jesucristo en el Tabor, ha osado aventurar fútiles explicaciones del por-

tentoso hecho dentro del orden natural. Queda, pues, á despecho de la falsa crítica, tan resplandeciente como hace diez y nueve siglos la sacrosanta humanidad de Cristo en la cima del monte excelso entre las dos más grandes figuras del Antiguo Testamento, Moisés y Elías, iluminada su faz divina por la luz que irradian la Ley y la Profecía, ó, más bien, iluminando ella misma y aclarando los misterios de la Ley y los Profetas. Pero, haciendo á un lado la grandeza esplendorosa del suceso, ocurre, cristianos, preguntar por qué la Iglesia nos presenta este gran cuadro en estos días de Cuaresma, precursores de pasión, y no de gloria. ¡Ah! precisamente porque ella quiere proponernos el modelo de otra transfiguración, que debería efectuarse en cada uno de nosotros durante este santo tiempo de oración y retiro, la transfiguración espiritual. Y, para llevarla á cabo, debemos contemplar á Jesucristo transfigurado, así como debemos escucharle: *Ipsium audite*¹.

2. No sin fundamento pudiéramos decir que, así como la resurrección del Salvador para nunca volver á morir representa la transformación completa y definitiva del hombre en la vida bienaventurada del cielo, así también la pasajera transfiguración del cuerpo de Jesucristo verificada en el Tabor, es figura de la espiritual transformación del hombre sobre la tierra. Porque del mismo modo que Jesucristo quiso hacer entender á sus privilegiados discípulos la gloria que era capaz de transmitir á su cuerpo la divinidad á que estaba unido, así la Iglesia intenta hacernos ver la magnificencia de la santidad de que podemos revestirnos en virtud de nuestra unión con el mismo Jesucristo. El hombre terreno y

¹ Matth. 17, 5.

degenerado llega á transfigurarse en celestial y divino por medio de la santidad. ¿No veis cómo brilla el rostro de Moisés y el de Elías, y el de los mismos apóstoles, iluminados todos por el reflejo de la faz de Cristo transfigurado, hecho un sol, un foco de luz? Pues así debe brillar nuestra faz: *Sic luceat lux vestra*¹.

3. ¡Oh! y ¡cómo brilla, en efecto, la santidad cristiana! No hay haz de luces que puedan igualarla. Ya sea que la miremos en sí misma, como la claridad del sol de justicia que refleja en su frente: *Resplenduit facies eius sicut sol*; ya que la consideremos en relación con los seres racionales que la rodean, con Pedro, Juan y Santiago; ya, finalmente, con respecto al Padre celestial que la marca con el sello de su predilección paterna, no hallaremos en la tierra grandeza más sublime que la santidad, por lo cual nos veremos forzados á confesar: *Bonum est nos hic esse*; que es preciso hacernos santos. Empecemos.

I.

4. *Resplandeció la faz de Cristo como el sol, y sus vestidos aparecieron más blancos que la nieve*². El resplandor del rostro ¿no es la imagen del interior del hombre transfigurado por la santidad? Y el candor de su ropaje ¿no parece figurar la vestidura de virtud de que el hombre santo se ve adornado en su exterior? Porque es indudable que la transfiguración que se opera por la santidad cristiana, no se circunscribe á la región del espíritu, aunque allí tiene su propio y principal asiento; sino que se difunde también á lo exterior, á fin de que todo el ser humano sea resplandeciente y

¹ Matth. 5, 45.

² Ibid. 17, 2.

lúcido, como dice Jesucristo: *Si tu ojo fuere recto, todo tu cuerpo estará lleno de luz*¹. Penetrad, pues, con la consideración en el interior del hombre santo. ¿No os sentís sobrecogidos de admiración y de estupor, como quien penetra en un santuario donde habita el mismo Dios? Así debe suceder, supuesto que no es otra cosa el pecho del justo que un templo vivo y animado donde ha colocado su trono la Divinidad, donde moran todas tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, según afirma el mismo Cristo² y lo repite el Apóstol³.

Admiración y espanto pone en el alma el pensamiento de que todo un Dios establezca su morada en una miserable creatura, que, por su original degradación, y acaso por sus desórdenes personales, era poco antes una caverna de dragones y nido de áspides y basiliscos, como hablan los Profetas⁴. ¡Oh poder admirable de la gracia sobrenatural, principio activo de la santidad en la criatura! «Tan poderosa es la gracia, dice un docto escritor, que apareja tal palacio á Dios que no puede dejar de estar en él; y antes dejarán las tres Divinas Personas de habitar en el cielo empíreo que en el corazón de quien está en gracia.»⁵ Y luego prorrumpe el mismo en estas magníficas exclamaciones, que nada tienen de exageradas para quien alcanza á entrever la excelencia soberana de la santidad. «¡Oh alma santa, si te conocieras, cómo estimaras cuán inexplicable es tu dignidad y grandeza! ¡Oh alma santa, deleitable paraíso de tu Criador, tálamo de Dios esplendísimo, tabernáculo de la santísima Trinidad más her-

¹ Matth. 6, 22.² Io. 14, 23.³ 2 Cor. 6, 16 et alibi.⁴ Is. 34, 13.⁵ P. *Nierenberg*, *Aprecio y est. de la divina gracia*.

moso que el sol; arca de oro, no del Viejo sino del Nuevo Testamento; altísimo trono de la Divinidad! ¡Oh alma santa, cielo mayor que los cielos, más capaz que el firmamento, que encierras en ti no estrellas, sino las tres Divinas Personas, corte divina de toda la Deidad! ¡Oh alma santa, relicario de Dios vivo, sacrosanto altar del Dios de la majestad, cielo empíreo y mansión deseada de Dios!»¹

5. ¿Qué símil escogido entre los objetos más hermosos y sublimes que conocemos, bastaría para darnos idea de la magnificencia del interior del varón santo? ¿Por ventura el interior de un regio alcázar ó palacio lujosísimo? Ciertamente que todo aquí es grandeza y orden, riqueza deslumbradora de los ojos y concierto encantador de la razón. Pero ¡ah! ¡cuánto excede la belleza de aquella alma que es palacio de la majestad increada, sagrario de la santidad del mundo!»²

Alzad los ojos á las alturas del cielo, ved el gran lumínar suspendido del dedo de Dios en la mitad del firmamento, bebed la lumbre de ese foco de claridad que arroja sus rayos á millones de leguas de distancia. Y ¿no es más refulgente todavía el interior del justo? *Resplandecerán los justos á manera de soles en el reino de su Padre*, decía Jesucristo³, Sol de justicia y santidad. Y ¿no brilló su frente en el Tabor con la claridad del sol? Pues así también brilla el alma del justo iluminada por la presencia de ese Sol divino, del cual puede decirse como del otro que paró Josué en la mitad de su carrera: *Detúvose el sol en medio del cielo, y no se precipitó á su ocaso*⁴. Por eso dice San

¹ L. c.² Ibid.³ Matth. 13, 43.⁴ Jos. 10, 13.

Agustín, declarando cómo Dios está en los cielos por especial manera, que «estos cielos son los justos de la tierra y los ángeles del paraíso, en los cuales está Dios por particularísima presencia; porque no hay cielos más puros, ni corte más lucida donde resida toda la santísima Trinidad con más gusto que en una criatura que está en gracia»¹. Y el elocuentísimo Crisóstomo, ponderando la grandeza del justo, superior á la virtud de Josué con que paró el curso del sol, no duda afirmar: «¿Qué he menester yo mandar al sol ó á la luna, ó hacer otros milagros semejantes, pues el Señor de todas las cosas (el Sol de las inteligencias) vino á mí y queda en mí firme y estable?»² Bajad ahora los ojos de la mente y dilatadlos en la contemplación de la hermosura y gallardía de los objetos que ostenta este mismo planeta que habitamos: la airosa palma del bosque tropical, el lirio perfumado de nuestros jardines, el corpulento cedro que plantado en las márgenes del río no ve marchita nunca su frondosa copa, el encumbrado monte de Sion, donde se fraguan las tempestades, el caudaloso torrente que alegra la ciudad de Dios. . . ¿no son figuras todas con que el escritor sagrado nos retrata las perfecciones del alma dignificada por la santidad?³ ¡Ah! pero ¡cuán lejos quedan estas sombras de la hermosa realidad!

6. De la gracia santificante que llena el interior del justo brotan como de manantial fecundo, raudales de virtudes, gracias y dones sobrenaturales que comunican al alma santa más belleza que cuanta pueden dar juntos

¹ Apud *Nieremberg* l. c.

² *Chrysost.*, In ep. ad Hebr. hom. 27.

³ Ps. 1, 3; 14, 5; 91, 13; 124, 1. Eccli. 24, 17. Os. 14, 6.

la naturaleza y el arte! ¡Oh! si apreciar pudiéramos la alteza y hermosura de esas joyas de los tesoros de Dios que llamamos virtudes teologales, porque sólo Dios es dueño de ellas y de darlas á sus criaturas: la fe, la esperanza y la caridad. Con ellas se adornan y atavían las principales potencias del espíritu, inteligencia y voluntad; aquélla, con la luz que dimana de la palabra eterna; ésta, con la posesión de la bondad soberana. Sí, cristianos, llega el hombre, por la caridad, á poseer dentro de sí al Bien infinito, pues dásele nada menos que la Persona del Espíritu Santo, que es amor substancial por quien se infunde y derrama en el corazón del justo la caridad de Dios, según se expresa el grande Apóstol¹ y entienden los Padres de la Iglesia. Por lo cual no duda San Basilio llamar dioses á los hombres santos², como divinizados que están por la presencia real del Espíritu Santo en ellos. ¡Grandeza verdaderamente incomparable! ¡Transfiguración maravillosa obrada por la santidad! Mas, no siendo esta grandeza fácil de alcanzar para nuestro corto entendimiento, admiremos el cúmulo de virtudes morales que atesora el hombre santo, virtudes en sí excelentísimas, y que, poseídas en grado sobrenatural, exceden á cuanta riqueza de virtud puede allegar el hombre con sus propios esfuerzos, aunque fuese un Aristides ó un Sócrates, los grandes santos de la antigüedad.

7. Desde luego, ¡qué elevación de pensamientos se descubre en el alma transfigurada por la santidad, aunque carezca de eso que llaman genio, y de superior cultura! Tales alcances y vuelos del espíritu no son efecto

¹ Rom. 5, 5.

² Homil. de Spir. Sanct. apud *Nieremberg*.

del talento ni de la ilustración científica, sino de la conversación celestial, de otra ilustración más llena, obtenida en las intimidades inefables del trato del alma con Dios. He aquí cómo se explica lo que de otra suerte sería inexplicable, aquella alteza de conceptos, rayanos en lo sublime, en almas simples como la de Pascual Bailón, en rústicos labriegos como Isidoro de Madrid, en pobres pastorcillas como Genoveva de París, en esclavos como Siria, en niños como Justo y Pastor. Es porque la santidad verdadera eleva el alma á lo infinito, y en su comunicación descúbrele el venero de la ciencia llamada de los santos, cumpliéndose el oráculo del maestro del género humano. *Escondiste estas verdades altísimas á los sabios, y las descubriste á los pequeñuelos*¹. Y ya lo había vaticinado el Profeta: *La ley de Dios ilustra el entendimiento de los párvulos*². En medio de la simplicidad columbina, objeto de irrisión para los discretos del siglo, ¿no brilla en los santos una prudencia consumada y celestial? ¿Qué diré de aquel don inestimable, concedido á no pocos, para discernir con exquisito tacto la diversidad de espíritus que agitan el humano corazón, arcano impenetrable á la ciencia meramente natural³?

Á la virtud de la prudencia añadid ahora la justicia, no como quiera y en el grado que la posee el hombre probo, equitativo, ajustado al molde de la honradez mundana, sino en toda la extensión de su significado y en medida tan cabal que basta para caracterizar al varón santo resumiendo todas las virtudes en el solo calificativo de «justo». Justicia reflejada de aquel atributo con

¹ Matth. 11, 25.² Ps. 118, 130.³ Hebr. 5, 11.

que Dios es justo por antonomasia¹, como Él sólo puede serlo, y que le cuadra como nombre propio², el santo es el hombre de la rectitud en los juicios³, de la rectitud en las palabras siempre veraces⁴, porque detesta la doblez y la mentira, de la rectitud, en fin, en todos sus caminos⁵. «El santo, dice agudamente un orador de Nuestra Señora de París, es el hombre de la línea recta.»⁶ La justicia irá siempre delante de él y afirmará sus pasos por dondequiera que marche⁷, la justicia le servirá de coraza y escudo inexpugnable⁸, la justicia le revestirá de gloria y le llenará de fortaleza y de confianza⁹. ¡Qué grandeza y qué felicidad la del justo! Pero éste no es otro que el hombre transfigurado por la claridad de Cristo.

8. Y al mismo tiempo, ¡qué misericordia, qué tesoros de bondad depositados en su corazón! Como en Dios no pugnan la misericordia y la justicia, antes bien armonizan con admirable perfección, así en el interior del santo resplandecen á su debido tiempo la justicia inflexible, y la compasiva y fácil misericordia. ¡Qué bondad la de los santos! ¿No la habéis experimentado alguna vez? «Estos son, dice la Escritura, los hombres misericordiosos, cuyas obras no descaecieron.»¹⁰ Éstos son los que dejan en pos de sí regueros de luz y de beneficencia. Su amor al hombre, á semejanza del de Dios, Padre de misericordias, que hace nacer su sol para buenos y malos¹¹, abraza la humanidad toda entera sin acepción de personas, sin exclusión de los mismos pe-

¹ Iustus Dominus et iustitias dilexit (Ps. 10, 8).² Jer. 23, 6.³ Ps. 118, 137.⁴ Prov. 13, 5.⁵ In omnibus viis suis (Ps. 144, 17).⁶ P. Félix S. J.⁷ Ps. 84, 14.⁸ Sap. 5, 19.⁹ Passim.¹⁰ Eccli. 44, 10.¹¹ Matth. 5, 45.